

Vivimos en un período de transición, y por lo mismo de anarquía:

es éste un hecho que nadie puede desconocer. Nos hallamos en presencia de una nueva Revolución, de grandes magnitudes, que no se inicia en los momentos actuales, como algunos lo pretenden, sino que se encuentra en pleno movimiento. Contemplamos, totalmente desorientados, el panorama magnífico y terrible a la vez del mundo entero que se transforma.

La realidad de nuestra época es muy diferente a la de ayer. Complicadísimos problemas, engendrados en su mayoría por el Capitalismo Contemporáneo, y que los economistas y pensadores del siglo XVIII ni siquiera imaginaron, requieren una pronta solución. Un nuevo espíritu gobierna a las sociedades humanas. Contra el individualismo que hasta ahora presidía todas las relaciones y actividades de los hombres, surge en forma asombrosa una profunda reacción. Las ideas democrático-liberales parecen haber hecho crisis, y nuevas ideologías se arraigan en la mente de los pueblos. Ante estas circunstancias imprevistas ayer, el Régimen a que aquellas doctrinas dieron vida, que otrora prestara grandes servicios a la Humanidad, se presenta como incapaz para proporcionar alguna solución acertada, que corresponda a las realidades actuales y al espíritu contemporáneo. Un nuevo régimen se hace necesario, y hay que admitir que ese régimen es el Socialismo. La vida adquiere hoy un carácter esencialmente social, y este predominio de lo social sobre lo individual se hace cada vez más notable. El mundo requiere de un sacrificio de la libertad económica individual ante los intereses superiores de la colectividad, pues la experiencia nos ha mostrado que el libre juego de los intereses particulares no produce, como lo pensaron los economistas clásicos, el bienestar general.

¿Significa ello que, como ha sido afirmado por algunos intelectuales y políticos, la Democracia está en quiebra?. Si juzgamos de manera superficial, basándonos únicamente en el hecho innegable de que las tendencias que adquieren en la actualidad más acogida entre los pueblos, la comunista y la fascista o nazi son anti-democráticas, debemos dar una respuesta afirmativa. Pero si observamos con mayor detenimiento el fenómeno de transformación que hoy día se realiza, si examinamos sus causas y antecedentes históricos y si analizamos concienzudamente el contenido y evolución de cada una de las doctrinas que luchan por la conquista del mundo, creo que no se puede afirmar con mediana razón que la Democracia se encuentre en sus últimos días. No debemos atribuir a ella los males que nos afectan. Bajo el régimen imperante no es la Democracia, sino que el Liberalismo, el que ya ha cumplido su misión. Las ideas liberales, que se adaptaban a las realidades de ayer, y que significaban un gran adelanto, no corresponden a la situación actual y han sido reemplazadas por las socialistas. La Democracia, en cambio, al mismo tiempo que un ideal, es una especie de ley de las Sociedades Humanas, y si no incurriremos en la ingenuidad de decir que es eterna, porque ningún sistema imaginado por el hombre, ni político, ni económico, ni científico, ni de ningún orden, lo es; sería capaz de afirmar que ella gobernará aun a la Humanidad por mucho tiempo, y sólo podrá ser extinguida por la fuerza, de manera transitoria, para renacer después con nuevos bríos. El Cristianismo, la Democracia y la Ciencia constituyen los cimientos irremplazables sobre los cuales descansa la Civilización Occidental, que aun no adquiere su total desarrollo. La realización del triple lema: Libertad, Igualdad y Fraternidad, seguirá siendo indefinidamente, al lado de los ideales de Verdad, de Justicia y de Belleza, una de las más grandes aspiraciones de los hombres. Negar la Democracia es desconocer los principales atributos de la personalidad humana; negar la Soberanía de los Pueblos es retroceder a las épocas irritantes del absolutismo. El sistema democrático se nos presenta, dentro de los posibles, como el mejor que la mente humana haya jamás concebido para la organización de los Estados. Él no perece en la actualidad, sino que se transforma: pasa de su período liberal a su período socialista. Si juzgamos con estricto criterio, lógico, sin apasionamientos ni prejuicios, debemos llegar a la conclusión de que a la Democracia Liberal Individualista que impera en el mundo occidental desde la Revolución Francesa, deberá suceder una Democracia Socialista, en la que el Estado, por sobre sus funciones políticas, desempeñe funciones

económicas.

Los regímenes propuestos por las doctrinas comunista y fascista: la dictadura del proletariado, o la de un jefe todopoderoso, no son, a mi juicio, más que dos medios transitorios, injustos y anti-naturales para realizar el camino de la Democracia Liberal a la Democracia Socialista. Ellos, como todas las dictaduras, están destinados a perecer a corto plazo. Significan un paso hacia atrás en el curso de la Historia, pero creo que nos llevan hacia un estado más justo y perfecto que el actual: la Democracia Socialista, que constituye, con relación al régimen imperante, un gran adelanto. Si aceptamos la teoría que supone que la Historia se desenvuelve en períodos cíclicos, nos explicamos perfectamente este fenómeno.

La tarea de los partidos democráticos consiste, en el momento presente, en tratar de evitar la injusticia de este agudo retroceso, o por lo menos, de moderar sus efectos, intentando realizar ellos mismos, por su propia cuenta, la transformación del régimen, sin entregar esta labor a los enemigos de la Democracia.

Si la Dirección de "La Idea", tiene la amabilidad de facilitarme nuevamente esta tribuna, creo que en un próximo artículo podré explicar como debe verificarse, a mi ~~juicio~~ modesto juicio, este paso.

Patricio Aylwin
PATRICIO AYLLWIN A.

San Bernardo, 3, de Noviembre de 1936.

Publ. - "La Idea"

www.archivopatricioaylwin.cl